

Juan Crisóstomo

PASIÓN DE CRISTO

I

Hoy celebramos fiesta reunidos, amadísimos oyentes , porque Nuestro Señor está sobre la cruz, traspasado con clavos. Y no te extrañes de que en suceso tan lúgubre estemos de fiesta; porque propio es de todas las cosas espirituales el ser contrarias a las costumbres

humanas. Y para que te fijas bien en esto, mira que la cruz fue antes nombre de condenación y suplicio, mas ahora es cosa gloriosa y deseable; la cruz era antes objeto de oprobio y de castigo, mas ahora es ocasión de honor y de gloria. Y que la cruz sea gloria, mira cómo lo dice Cristo: *Padre, glorifícame con la gloria que tuve delante de ti, antes de que el mundo existiera* (Jn. 17, 5). Donde llama gloria a la cruz. La cruz es el origen de nuestra salvación; la cruz es la causa de innumerables bienes. Por ella, nosotros, antes deshonrados y abyectos, ahora hemos sido recibidos en el número de los hijos; por ella ya no andamos errantes, sino que conocemos la verdad, por ella, los que antes adorábamos troncos y piedras, ahora conocemos al Criador de todas las cosas; por ella, los esclavos del pecado hemos sido elevados a la libertad de la justicia; por ella, la tierra está ya convertida en cielo. Ella nos libró del error; ella nos condujo a la verdad; ella hizo la reconciliación de Dios con los hombres; ella, sacándonos del abismo de la maldad, nos remontó a la misma cumbre de la virtud; ella extinguió el engaño del demonio; ella destruyó por completo el error. Por ella ya no vemos el humo y olor de las víctimas, ni el derramamiento de sangre de animales, sino en todas partes sacrificios espirituales, himnos y oraciones; por ella huyen los demonios; por ella es ahuyentado Satanás; por ella la naturaleza humana compite con la vida angélica; por ella habita en la tierra la virginidad. Porque desde que apareció el nacido de una Virgen, aprendió la naturaleza humana el camino de esta virtud. Ella nos iluminó cuando yacíamos entre las sombras; ella nos trajo la paz cuando estábamos derrotados; ella nos atrajo cerca cuando estábamos lejos; ella nos hizo domésticos cuando estábamos en tierra extraña; ella nos hizo ciudadanos del cielo cuando éramos peregrinos; ella nos quitó la guerra; ella nos dio la seguridad de la paz. Por ella no tememos ya las inflamadas sectas del demonio, pues hemos hallado la fuente de la vida; por ella no estamos en viudez, porque hemos recobrado al Esposo; por ella no tememos al lobo, porque hemos conocido al Buen Pastor, pues *Yo, dice, soy el buen Pastor* (Jn. 10, 11); por ella no temblamos del tirano, porque hemos acudido a nuestro Rey. ¿Ves de cuántos bienes nos es causa la Cruz? Con razón, pues, celebramos fiesta. Así nos exhorta a celebrar fiesta también S. Pablo, diciéndonos: *De modo que celebremos fiesta, no en fermento viejo, ni en fermento de malicia y perversidad, sino en ácidos de sinceridad y verdad* (1 Cor. 5, 8). Y ¿por qué razón, oh santo Apóstol, nos mandas hacer fiesta? Dinos la causa: *Porque ha*

sido inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo Dios (Ibid. 7). ¿Ves cómo la cruz es fiesta para nosotros? ¿No entiendes cómo nos manda celebrar fiesta por la cruz? Porque en la cruz fue sacrificado, y donde está el sacrificio, allí está la remisión de los pecados y la reconciliación del Señor, allí la fiesta y regocijo. *Ha sido*, dice, *inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo*. ¿Dónde ha sido inmolada?, díme. Sobre una elevada cruz. ¡Nuevo y extraño altar, como nueva y desusada es la víctima! Porque El mismo es la víctima y el sacerdote; víctima, en cuanto a la carne; sacerdote, en cuanto al espíritu. El mismo ofrecía y era ofrecido. Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Porque todo Pontífice escogido de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres en las cosas que se dirigen a Dios* (Heb. 5, 1, y 8, 3). Por consiguiente, es preciso que también Cristo tenga algo que ofrecer. En efecto, a si mismo se ofrece. Y en otra parte dice de nuevo San Pablo: *Así también Cristo fue ofrecido una vez para destruir los pecados de muchos* (Heb. 9, 28). Mira cómo aquí fue ofrecido, y allí se ofreció a si mismo. ¿Ves cómo se hizo víctima y sacerdote, y cómo el altar era la cruz?

Pero es preciso ver por qué razón esta víctima no se ofrece en el templo, al templo judaico me refiero, sino fuera de la ciudad fuera de las murallas. Porque fuera de la ciudad fue crucificado, como reo condenado a muerte, para que se cumpliera lo que había dicho el Profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12).

II

¿Por qué razón, pues, fue muerto fuera de la ciudad, en sitio elevado y no bajo techo? No sin justísima razón, sino para que purificase la naturaleza del aire; por esta causa fue también inmolado en alto y sin techo que le cubriera, para que, siendo sacrificado en alto el Cordero, fuera purificada toda la atmósfera. Quedó, pues, purificada la atmósfera; quedó purificada también la tierra. Porque destiló la sangre del costado a la tierra y purificó todas sus manchas. He aquí, pues, la razón por qué no es ofrecida la víctima bajo techado. Pero, ¿por qué no es ofrecida en el mismo templo judaico? a fin de que los judíos no se apropiaran la víctima, para que no creyeran que se ofrecía sólo por aquella nación; por esto fue sacrificada fuera de la ciudad, fuera de las murallas, para que entendieras que la oblación se hacía por toda la tierra y que era la expiación común de todo nuestro linaje.

Porque si a los judíos mandó Dios prescindir de toda la tierra y ofrecer el sacrificio en un sólo lugar, hacer oración en un solo lugar, esto no era sino porque entonces toda la tierra estaba contaminada por el humo y olor y sangre de los sacrificios idolátricos y con otras abominaciones gentílicas; esta es la razón por qué les señaló un sitio fijo. Mas cuando llegó Cristo y padeció fuera de la ciudad, purificó toda la tierra e hizo propicio para la oración todo lugar. ¿Quieres ver cómo ya toda la tierra se convirtió en templo y todo lugar en sitio de oración? Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Elevando en todo lugar las manos puras sin ira ni rencillas* (1 Tim. 2, 8). ¿Has visto cómo purificó la tierra? ¿Has visto cómo en todas partes podemos elevar las manos puras? Porque toda la tierra en adelante quedó santa, y aún más santa que lo santo de los judíos. ¿Cómo así? Porque allí se ofrecía el cordero irracional y aquí el espiritual. Por consiguiente, cuanto supera el racional al irracional, tanto más excelente es aquí también la santificación. Con razón, pues, es fiesta para nosotros la cruz.

III

¿Quieres ver otra obra magnífica, que sobreexcede a todo humano pensamiento? Hoy nos abrió el paraíso cerrado, porque hoy introdujo en él al ladrón. Dos obras magníficas: abrió el paraíso, e introdujo en él al ladrón; devolvióle su antigua patria, restituyóle a la ciudad paterna.

Hoy, dice, *estarás conmigo en el Paraíso* (Lc. 23, 43). ¿Qué es lo que dices? ¿Estás puesto en la cruz y sujeto en ella con clavos y prometes el paraíso? Y ¿cómo puedes dar cosas tan grandes? Porque, en efecto, San Pablo, dice: *Fue crucificado por debilidad*. Mas oye lo que añade: *Pero vive por virtud de Dios* (2 Cor. 13, 14). Y de nuevo, en otra parte: *Mi virtud se perfecciona en la debilidad* (2 Cor. 12, 19). Por esta razón, dice, hago en la cruz esta promesa, para que entiendas mi poder. Porque siendo, como es, la cruz cosa muy desagradable, para que no quedes abatido y cabizbajo mirando a lo que es de suyo, sino que, atendiendo al poder del crucificado, seas animoso y resuelto, te muestra en ella su virtud.

Porque, en efecto, logró atraer a sí el ánimo perverso del ladrón, no resucitando a un muerto, no imperando al mar, no increpando a los demonios, sino crucificado, enclavado, injuriado, escupido, afrentado, burlado, hecho el escarnio de todos. Mira cómo resplandece su poder

por dos títulos. Hizo se estremeciera la creación, rompió las peñas, y el alma del ladrón, más dura que una peña, la convirtió en más blanda que la cera. *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. ¿Qué es lo que dices? Conque los querubines con espada de fuego guardan el paraíso ¿y tú prometes la entrada en él al ladrón? Sí, dice. Porque yo soy Señor de los querubines y tengo potestad sobre el fuego y el infierno, sobre la vida y la muerte. Por eso dice: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Si aquellas potestades ven al Señor, al punto ceden y se retiran.

Ahora bien; ¿qué rey consentiría jamás en llevar a la ciudad, sentado junto a sí, a un ladrón, o a ningún otro de sus siervos? y sin embargo, esto hizo nuestro benigno Señor. Pues al entrar en la sagrada patria, introduce consigo al ladrón, y no deshonra, ni mucho menos, el paraíso con los pies del ladrón, sino que, al contrario, lo honra más. Porque honra es del paraíso el tener semejante Señor, tan poderoso y tan benigno, que puede aun al ladrón hacerle digno del gozo del paraíso. Que tampoco cuando llamaba a su reino los publicanos y las pecadoras lo deshonoraba, antes lo honraba mucho más, y demostraba que es de tal condición el Señor del reino de los cielos, que aun a las pecadoras y publicanos hace honrados y dignos de gozara de su gloria y galardón. Así, pues, como admiramos a un médico, cuando vemos que a hombres sujetos a incurables enfermedades los libra de ellas y les restablece completamente la salud, admírate del mismo modo de Cristo, amado oyente, y llénate de estupor al ver que a hombres sujetos a incurables enfermedades del alma los puede librar de su maldad, y hacer dignos del reino de los cielos a los que habían llegado al colmo de la malicia.

Hoy estarás conmigo en el paraíso. Grande honor, inmensa grandeza de benignidad, indecible exceso de bondad, porque mayor honra que la de entrar en el paraíso, es el entrar con el mismo Señor. ¿Qué es esto, decidme? ¿Qué título ha manifestado el ladrón para que repentinamente sea tenido por digno del paraíso desde la cruz? ¿Quieres que te diga brevemente y te haga ver la probidad y reconocimiento del ladrón? Cuando abajo negaba Pedro, príncipe de los discípulos, arriba, en la cruz, él le confesó.

Y no he dicho esto por reprender a Pedro, ¡lejos de mí! sino por demostrar la magnanimidad del ladrón y su virtud extraordinaria. Aquel no resistió a la amenaza de una despreciable doncella; mas este, viendo a todo el pueblo ante sí, de pie, dando voces, y lanzando mil afrentas al crucificado, no atendió a la injuria del crucificado, sino

que, pasando por alto todo esto con los ojos de la fe, y dejando abajo todo lo despreciable que le podía estorbar, reconoció al Señor de los cielos, diciendo aquellas breves palabras que le hicieron parecer dignos del paraíso: *Acuérdate de mí en tu reino* (Lc. 23, 42). No pasemos de ligero esta sentencia, ni nos avergoncemos de tomar por maestro al ladrón, a quien el Señor nuestro no se avergonzó de introducir el primero en el paraíso, no nos avergoncemos de tomar por maestro a un hombre, que antes de todo el humano linaje, apareció digno de la vida del paraíso. Examinemos, pues, cada una de las palabras, para que también por aquí entendamos el poder de la cruz. Porque no le dijo el Señor como a Pedro y Andrés: *Venid y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), ni le dijo, como a los doce discípulos: *Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel* (Mt. 19, 28); antes, ni una sola palabra se dignó dirigirle. No vio tampoco milagros, ni muerto alguno resucitado, ni a los demonios lanzados, ni el mar obedeciendo a su imperio, ni habló con él sobre el reino; y ¿de dónde había de saber aun el nombre del reino? Y con todo, veamos, cuánta fue su inteligencia.

Insultaba a Cristo, dice el texto, *el otro ladrón*; porque había otro ladrón crucificado también con ellos, para que se cumpliese la sentencia del profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12). Porque deseaban los judíos ingratos deshacer aun su honra, y por todas partes le insultaban con cuantas cosas hacían con él; pero, precisamente por ellas mismas, crecía más y más la verdad, y por los mismos obstáculos se hacía cada vez más resplandeciente.

Insultábale, pues, el otro ladrón, y uno de los Evangelistas dice (Mc. 15, 32) que ambos insultaban a Jesús; y ello es así, y esto es precisamente lo que más esfuerza la probidad del buen ladrón: porque es natural que le insultara al principio pero de súbito dio muestras de haberse convertido: *Insultábale, pues dice, el otro ladrón. ¿Ves la diferencia de un ladrón y del otro ladrón? Ambos en la cruz, ambos por su maldad, ambos por su vida de robos, mas no están ambos en la misma disposición; antes, el uno se hace heredero del reino; el otro es lanzado al infierno. Así sucedió ayer entre el discípulo y los discípulos el uno se disponía para la traición, los otros se preparaban para el sagrado ministerio; aquel decía a los fariseos: ¿Qué me queréis dar y yo os le entregaré* (Mt. 26, 15-16)? Mas estos se adelantaron a Jesús, diciéndole: *¿Dónde quieres que te preparemos lugar para comer la Pascua* (Mt. 26, 17)?

Tal es la diferencia que hay aquí entre ladrón y ladrón: uno le insulta, otro hace callar al injuriador; uno blasfema, otro reprende al blasfemo; y esto, viendo al Señor crucificado, condenado y debajo al pueblo insultándole, dando grandes voces; pero nada de esto bastó para arredrarle ni hacerle dejar de justo modo de sentir; antes increpa terriblemente al otro ladrón, y le dice: *¿Tampoco temes a Dios tú?*

¿Ves la libertad del ladrón? ¿Ves cómo tampoco en la cruz se olvida de su propio oficio, sino que por esta confesión roba el reino de los cielos? *¿Tampoco temes a Dios tú?* dice. ¿Ves su libertad en la cruz? ¿Ves su sabiduría, ves su piedad? ¿No es justo que admiremos su generosa constancia porque estuvo en sí y no perdió el conocimiento, traspasado como estaba con los clavos, y sufriendo los intolerables dolores que le causaban? Yo, por mi parte, no sólo le juzgo justamente digno de que le admiremos, sino aún de que le llamamos dichoso. Porque no sólo no atendía a los tormentos, sino que prescindiendo de sí mismo, se cuidaba del mal del prójimo y trataba de sacarle del error, y de hacerse su maestro en la cruz. *¿Y no temes a Dios,* dice, *tampoco tú?* Que era casi como decirle: No atiendas sólo al tribunal de aquí abajo, no des la sentencia por lo que ves, no mires sólo a lo que aquí sucede; hay otro juez invisible, incorruptible es aquel tribunal, y no puede ser engañado. No atiendas, por consiguiente, a que ha sido condenado aquí abajo; que allí arriba no es lo mismo. Porque en el tribunal de aquí abajo muchas veces son condenados los inocentes, y son absueltos los reos, son condenados los justos, y huyen libres los culpados. Porque los más de los hombres, unos voluntaria, otros involuntariamente, corrompen los tribunales, porque o por ignorar la justicia, o por ser engañados, o a ciencia y conciencia sobornados con dinero, hacen traición a la verdad, y dan sentencia contra el inocente. Más allá arriba saldrá como luz; no tiene sombras, no tiene escondrijos, no sufre torcimiento. Por eso, para que no le contestara el mal ladrón: “Ya ha sido condenado en el tribunal de aquí abajo; ¿por qué le defiendes?”, le citó al juicio de arriba, a aquel terrible tribunal, a aquel juzgado incorruptible, a aquel juez infalible, y le hizo recordar aquel temeroso proceso. Mira allá, le dice, y no darás sentencia condenatoria, ni estarás de parte de los hombres de aquí abajo, sino que admirarás y aprobarás el juicio de arriba. *¿Tampoco tú,* dice, *temes a Dios?* ¿Ves la filosofía del ladrón, ves su entendimiento, ves su ciencia? Súbitamente desde la cruz se remonta hasta el cielo.

Y mira cómo ya desde ahora guarda la ley apostólica, y no cuida sólo de sí, sino que nada deja de hacer y discurrir para librar al otro del error y reducirle a la verdad. Porque después de decirle *¿Tampoco tú temes a Dios?*, añadió *porque estamos en la misma condena* (Lc. 23, 40). Mira aquí una confesión perfecta: *¿Qué significa en la misma condena? En el mismo suplicio*, dice, *porque también nosotros estamos en la cruz*. Luego cuando le afrentas a él, más que a él te lanzas injurias a ti mismo; puesto que así como cuando uno está en pecado y condena a otro, antes se condena a sí mismo que al otro; así también cuando uno está en una desgracia y se la echa en cara a otro, a sí mismo se la echa en cara más bien que al otro. *Estamos*, dice, *en la misma condena*. Le trae a la memoria la ley apostólica que contiene estas palabras evangélicas: *No juzguéis, para que no seáis juzgados* (Mt. 7, 1). *Porque estamos en la misma condena*. ¿Qué haces, oh ladrón? ¿Haces a Jesucristo participante de vuestra culpa, diciendo: *Nosotros*, dice, *ciertamente sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestro hecho* (Lc. 23, 41). Porque a fin de que después de oír *Estamos en la misma condena*, no creyeras que le hacía partícipe de la culpa, añadió la corrección, diciendo: *Nosotros, cierto sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestros hechos*. ¿Ves su perfecta confesión en la cruz? ¿Ves cómo lava sus pecados con sus palabras? ¿Ves cómo cumple aquella exhortación del profeta, *Di tú el primero tus culpas, para que seas justificado* (Is. 43, 26)? Nadie le obligó, nadie le acusó, nadie se lo intimó; él mismo se hizo su propio acusador; por eso no tuvo ya otro acusador en adelante. Porque él se adelantó a arrebatar para sí el papel de acusador y se expuso a la ignominia pública, diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, porque recibimos el justo pago de nuestros hechos; mas este no hizo mal alguno*. ¿Ves a cuánto se extiende su piedad? Y después que se acusó a sí mismo, después que descubrió sus culpas propias después que defendió al Señor diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, mas este no hizo mal alguno*; entonces se animó también a proponerle una súplica, diciendo: *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino*. No se atrevió a decir, *Acuérdate de mí*, hasta que por medio de la confesión se purificó de la mancha de los pecados, hasta que, condenándose a sí mismo por reo, se hizo inocente, hasta que por medio de la acusación depuso sus pecados.

¿Ves cuánto puede la confesión aun en la misma cruz? Oyendo esto, amado oyente, no desesperes jamás; antes considerando la ine-

fable grandeza de la benignidad de Dios, apresúrate a la corrección de tus pecados. Porque si al ladrón que estaba en la cruz se dignó hacerle tan grande honra, mucho más se dignará usar con nosotros de su natural benignidad, si quisiéremos hacer confesión de nuestros pecados. Para que gocemos, pues, también nosotros de su benignidad, no nos avergoncemos de confesar nuestros delitos; porque grande es la eficacia de la confesión, y mucho su poder. He aquí que confesó el ladrón, y halló el paraíso abierto; y confesó y el que vivía en lactrocínios cobró confianza para pedir el reino. Hasta aquel punto no pidió el reino de los cielos. ¿De dónde, oh ladrón, te ha venido el acordarte del reino? ¿Qué señal de él has visto ahora? Clavos y cruz es lo que ves, y acusaciones, escarnios y dicterios. Sí, responde: veo señales; porque la misma cruz me parece un símbolo del reino. Precisamente le llamo rey, porque lo veo crucificado; porque propio es de un rey morir por su súbditos. El dijo: *El buen pastor da la vida por las ovejas* (Jn. 10, 11); luego también el buen rey da la vida por los súbditos. Ya, pues, que ha dado su vida, por esto le llamo rey. *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino.*

IV

¿Quieres saber cómo la cruz es también símbolo de reino y cuán venerable objeto es? No permitió que la cruz permaneciera en la tierra, sino que la abrazó y la llevó consigo al cielo. ¿De dónde consta esto? De que con ella ha de llegar en su segunda venida. Pero veamos también cuando la cruz ha de venir con él. Oye al mismo Cristo, que dice: *Si os dijeren: Mirad que el Cristo está a las puertas, mirad que está en el desierto, no salgáis* (Mt. 24, 26); sobre su segunda venida habla aquí por causa de los falsos Cristos, de los faltos profetas, del Antecristo, no sea que alguno, seducido, caiga en sus lazos. Porque dado que antes del Cristo ha de llegar el Antecristo, porque no suceda, dice, que buscando al pastor vengáis a dar con el lobo, por eso os doy señales de la presencia del pastor. Puesto que habiendo sido oculta su primera venida, no vayáis a creer que también lo será la segunda. La primera con razón fue oculta; porque vino a buscar lo perdido; mas no será así la segunda, sino ¿cómo? *Como sale*, dice, *el relámpago del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre* (Mt. 24, 27). De súbito aparecerá a todos; nadie tendrá necesidad de preguntárselo a otro. Porque así como cuando

aparece un relámpago, no tenemos necesidad de preguntar si lo ha habido; así, cuando suceda su venida, no tendremos necesidad de averiguar si ha llegado Cristo. Mas todavía no hemos dicho lo que buscábamos, si vendrá con la cruz. Pues bien, oye cómo también esto lo declara manifiestamente: *entonces, dice, esto es, cuando yo llegue, el sol se cubrirá de sombra y la luna no dará su resplandor* (Mt. 24, 29). Porque será entonces tan grande el exceso de luz, que aun los astros más brillantes se oscurezcan: *Porque las estrellas, dice, caerán, y así aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre*. ¿Ves cuánta es la excelencia de este signo, cuánto su resplandor, cuánta su luz? El sol se cubre de sombra, la luna no aparece, las estrellas caen, y sólo él se deja ver, para que entiendas que es más esplendente que la luna y más fúlgido que el sol. Porque así como a la entrada de un rey, los ejércitos van por delante llevando las banderas sobre los hombros y anunciando su entrada, así también, cuando baje del cielo el Señor de la creación, se adelantan los ejércitos de los ángeles y arcángeles llevando aquella bandera y anunciándonos la llegada del rey. *Entonces, dice, aun las virtudes de los cielos se conmovieron*, y habla de los ángeles y arcángeles y todas las potestades invisibles; porque se apoderará de ellas temblor y mucho temor y ansia. ¿Y por qué, díme, aún aquellas potestades tiemblan? Con justa razón. Terrible será entonces el tribunal; todo el género humano ha de ser juzgado y dar razón de sí y presentarse ante aquel tribunal tremendo. Pero, al fin, ¿por qué tiemblan entonces también los ángeles y temen las potestades incorpóreas, puesto que ellas no han de ser juzgadas? Así como cuando un juez condena a los culpados, sentado en lo alto del tribunal, no solamente los reos, sino también los de su comitiva están presentes, aunque de ninguna culpa tienen conciencia, sin embargo, temen y se espeluznan por el temor del juez; así allí, al ser juzgada nuestra naturaleza y exigírsele cuenta de sus delitos, aun los ángeles, que no tienen conciencia de culpa alguna, y todas las demás potestades, temen y tiemblan por la amenaza del Juez.

Esto ya queda demostrado; pero ¿y por qué razón en su venida trae la cruz? Oye también la causa de esto. A fin de que vean por las obras los que le crucificaron su propia necedad, como argumento de la locura de ellos, les muestra la cruz. Y para que veas que la causa de traerla es precisamente esta, la de confundirlos, oye de nuevo al Evangelista, que dice: *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra* (ibid. v. 30), viendo a su

acusador y reconociendo su pecado. ¿Y por qué te admiras de que venga trayendo consigo la cruz? aun sus mismas heridas ha de traer consigo en su venida. ¿Y de dónde consta que ha de traer consigo sus heridas? Oye al Profeta que lo dice: *Verán a aquel a quien traspasaron* (Zac. 12, 10). Porque así como a Tomás, cuando quiso corregir su incredulidad, le mostró las señales de los clavos y sus mismas heridas, y le dijo: *Mete tu dedo, y alarga tu mano* (Jn. 20, 27) y mira que el espíritu no tiene carne y huesos (Lc. 24, 39), para demostrarle que realmente había resucitado; así también entonces traerá consigo sus heridas y su cruz, para demostrarles que él es el mismo a quien crucificaron.

V

¡Grande bien es la cruz, en verdad, y muy provechoso y evidente testimonio de la benignidad de Dios! Más aún; no sólo la cruz, sino las mismas palabras en ella dichas, demuestran su inefable benignidad. Oye las mismas palabras: porque rodeándole los sayones que le acaban de crucificar e inflamados en furor; *Padre, dice, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen* (Lc. 23, 34). ¿Ves la benignidad del Señor? Crucificado ruega por los que le crucifican; ¡y eso que ellos entre sarcasmos y burlas le decían: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (Mt. 27, 40)! Pero precisamente porque es Hijo de Dios no baja de la cruz; puesto que a eso vino, a ser crucificado por nosotros.

Baje de la cruz, dicen, para que lo veamos y creamos en él (Ibid. 42) ¡Mira las palabras de la desvergüenza y las excusas de la incredulidad! Mucho más hizo que bajar de la cruz y no le creyeron, y ahora dicen: ¡Baja de la cruz y te creeremos! Mucho más era que bajar de la cruz el resucitar a un muerto, que tenía una losa encima de su sepulcro; mucho más era que bajar de la cruz el sacar vivo del monumento, con su mismo sudario a Lázaro, envuelto en él, y cadáver de cuatro días. ¿Has visto las palabras de la estulticia? ¿has visto el exceso de la locura? Mas atended con diligencia, os ruego, para que veáis el exceso de benignidad de Dios, y cómo de la misma estulticia de ellos se vale Cristo para el perdón. *Padre, dice, perdónales el pecado, porque no saben lo que hacen.* Que casi es lo mismo que decir: Necios son y desconocen lo que hace. De manera que ellos decían: *Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo* (Mt. 27, 40); y él en tanto se esforzaba por

salvar a los mismos que le hacían objeto de sus oprobios, befas y escarnios. *Perdónales*, dice, *su pecado, porque no saben lo que hacen*. ¿Y qué? ¿les perdonó la culpa? Se la perdonó a los que quisieron dar muestras de arrepentimiento. Que si no les hubiera perdonado la culpa, no hubiera Pablo sido apóstol; si no les hubiera perdonado la culpa, no hubieran creído al principio tres mil y cinco mil, no hubieran creído después muchos millares de judíos. Porque oye lo que Santiago dice a Pablo en Jerusalén: *Ya ves, hermano, cuántos son los millares de judíos que han creído* (Hech. 21, 20).

Imitemos, pues, también nosotros al Señor, y roguemos por los enemigos. Hoy os exhorto de nuevo a lo mismo a que ayer os exhorté, porque se bien lo grande de esta obra. Imita a tu Señor. El estaba crucificado y rogaba por quienes le crucificaron. Pero me dirás: y ¿cómo puedo imitar al Señor? Si quieres, puedes; si no fuera posible, no hubiera dicho El: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29): si no fuera posible imitarle, no hubiera dicho San Pablo: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo* (1 Cor. 11, 1). Pero, ¿es que no quieres imitar a tu Señor? pues imita a lo menos a tu consiervo, a Esteban, digo, al primero en abrir las puertas del martirio. ¡El sí que imitó al Señor! Porque así como el Señor, colgado en medio de los que le crucificaban, rogaba por ellos, así el siervo, estando en medio de los que le apedreaban, herido de todos y recibiendo en si una nube de piedras, no teniendo cuenta con sus dolores, decía: *Señor, no les hagas cargo de este pecado* (Hech. 8, 50). ¿Ves cómo habla el Hijo, y cómo ruega el siervo? Aquel dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*, este dice: *Señor, no les hagas cargo de este pecado*. Y para que entiendas que esto no lo tomaba como cosa de poco más o menos, no rogaba de cualquier manera, ni de paso y a la ligera, ni de pie, sino hincadas las rodillas, con mucha compunción, con grande compasión. ¿Quieres que te ponga delante a otro consiervo mayor, haciendo oración por los enemigos? Oye las palabras del bienaventurado S. Pablo. Después de haber referido sus padecimientos: *Cinco veces recibí cuarenta golpes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces sufrí naufragio*; después de enumerar toda aquella serie de trabajos y las asechanzas que cada día tuvo que sufrir de parte de ellos, dice: *Pedía ser anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne, que son Israelitas* (Rom. 9, 3). ¿Quieres ver también a otros, no del Nuevo, sino del Antiguo Testamento, que

hicieron esto mismo? Porque es verdaderamente muy admirable, que no habiéndoseles mandado amar a los enemigos, sino arrancarles ojo por ojo y diente por diente (Ex. 21, 24, 25), y pagarles en la misma moneda, llegasen aun ellos a la cumbre de la perfección apostólica. Oye, en prueba de ello, lo que dice Moisés, tantas veces apedreado por los judíos: *Si le perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Ves cómo cada uno de los justos antepone a su propio bien la seguridad ajena? Nada pecaste; pues ¿por qué causa quieres ser participante de su castigo? Es que no hay para mi bienestar, responde, si los demás están sufriendo.

Todavía podemos recordar a otro que hizo la misma súplica. Y aduzco muy de propósito muchos ejemplos, para que siquiera, así nos corriamos, y desterremos de nuestra alma tan terrible enfermedad, como es el pedir males para nuestros enemigos. Oye, pues, también al Santo David; habiéndose irritado Dios contra él, y enviado un ángel para castigar al pueblo, viéndole ya mostrar el acero desenvainado y dispuesto a herir, ¿qué dice? *Yo, el pastor, soy quien pequé; estos, que son las ovejas, ¿qué hicieron? Caiga tu mano sobre mí, y sobre la casa de mi padre* (2 Re. 24, 17). ¿No ves aquí de nuevo las mismas virtudes? ¿Quieres que te haga ver también a otro haciendo lo mismo? El profeta Samuel fue injuriado, vilipendiado, deshonrado por los judíos hasta tal punto, que el mismo Dios le quiso consolar. Atended, os ruego, con diligencia. Porque le dijo Dios: *No te han vilipendiado a ti, sino a mi* (1 Re. 8, 7). Y ¿qué respondió él, vilipendiado, deshonrado, despreciado, afrentado? Oye sus palabras: *Lejos de mi pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros* (1 Re, 12, 23). Tuvo por pecado el no rogar por los enemigos. Lejos de mi, dice, el pecar no rogando por vosotros.

¿Ves cuánto cuidado puso cada uno de los justos en esta virtud, imitando al Señor? Veamos, pues, en un breve resumen, todo lo dicho. El Señor dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*. Esteban, dijo: *señor, no les hagas cargo de este pecado*. Pablo, dice: *Pedía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne*. Moisés, del mismo modo: *Si les perdonas este pecad, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mi del libro que escribiste*. David, dice: *Caiga tu mano sobre mi y sobre la casa de mi padre*. Samuel, de la misma manera: *Lejos de mi pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros*. Luego, ¿qué

indulgencia alcanzaremos nosotros, si, mientras nos impulsan a orar por los enemigos casi todos los justos, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, no nos esforzamos con todo empeño por hacer esta buena obra? Por consiguiente, no seamos desidiosos; así os lo ruego; porque cuanto más numerosos son los ejemplos, tanto mayor, si no los imitamos, será nuestro castigo. Mucho mayor cosa es rogar por los enemigos, que por los amigos; no os aprovecha tanto el rogar por los amigos, como el rogar por los enemigos. Oye a Cristo, que dice: *Si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos* (Mt. 5, 46)? Luego, cuando rogamos por los amigos, no llegamos a ser ni siquiera mejores que los publicanos, pero cuando amamos a los enemigos, nos hacemos semejantes a Dios, en cuanto es dado a la humana naturaleza. *Porque seréis*, dice, *semejantes a vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre los malos y buenos, y envía la lluvia sobre los justos e injustos* (Mt. 5, 46). Ya, pues, que tenemos los ejemplos del Señor y de sus siervos, imitémoslos, guardemos esta virtud, para que así seamos juzgados, dignos del reino de los cielos, y nos acerquemos con más confianza a esta tremenda mesa, purificada nuestra conciencia, y logremos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
ver más autores y libros aquí

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA